



CUANDO EL CÍRCULO SE CIERRA

Peter Straub

¿Qué pueden los vivos contra los muertos?

Cuando Julia Lofting abandonó a su marido y adquirió aquella elegante mansión londinense, creía poder escapar a los recuerdos. Se hacía la ilusión de que dejaba atrás todos aquellos años de vida en común con el violento Magnus, y pensaba que las sangrientas circunstancias de la muerte de su hija Kate dejarían de atormentarla. Pero la casa de Ilchester Place había sido testigo de una tragedia en el pasado, y un terror absoluto se abatió poco a poco sobre Julia, rodeándola como un círculo. Y el círculo se fue cerrando a medida que ella descubría la espantosa verdad: que no todos los muertos descansan en paz, y que algunos vuelven desde más allá de sus tumbas para vengarse de los vivos.

Posteriormente se editó el libro por Plaza & Janés Editores, S.A. con una traducción diferente y bajo el nombre «La obsesión de Julia».

Primera Parte

La obsesión: Julia

1

La chiquilla rubia, de unos nueve o diez años —la edad de Kate— y tan parecida a Kate que Julia se sintió desfallecer, apareció de no se sabe dónde por Ilchester Place y, agitando los brazos al llegar a la esquina, se perdió por el sendero de Holland Park. En las escaleras de la casa, junto al empleado de Markham y Reeves, lo primero que Julia sintió fue el dolor familiar y punzante de la pérdida, tan fuerte en este instante que temió escandalizar al empleado vomitando sobre los marchitos tulipanes; pero el agente inmobiliario que a todas luces ya había decidido que se las tenía que ver con un cliente cuyo atolondramiento y excentricidad rayaban en la locura, posiblemente se hubiera limitado a farfullar algo acerca del calor, fingiendo que nada anormal sucedía. El que Julia perdiera ya en dos ocasiones las llaves del número 25, que extendiera un talón por valor de veinte mil libras, en concepto de depósito, el mismo día en que había visto la casa (la primera casa que se le había mostrado), que además comprara todo el mobiliario de los anteriores propietarios, un fabricante de alfombras retirado y su mujer que ya se encontraba en las Barbados, que tuviera la intención de vivir sola en una casa con ocho dormitorios —pero sobre este punto él tenía sus propias ideas—, le habían preparado para afrontar casi todo tipo de extravagancias por parte de ella. Consciente de su impaciencia y rareza, y algo atemorizada por la sutil condescendencia que aquel hombre le demostraba, Julia creía posible que el agente atribuyera parte de su comportamiento al simple hecho de ser ella otro de esos cómicos «ricos americanos»;

así que sólo sintió una mínima vacilación, acompañada de un ramalazo de espíritu de independencia, antes de ceder al segundo efecto que le había producido ver a la niña rubia corriendo, la sensación de que debía seguirla. El impulso era irresistible. El hombre de Markham y Reeves la sujetaba con gran delicadeza por el codo y empezaba a sacar la tercera llave del bolsillo del chaleco, a la que había atado una cinta amarilla.

—Es amarilla para no olvidarla, mistress Lofting —le decía con un claro tono de condescendencia en la voz—. Confieso que saqué la idea de una canción pop. ¿Puede usted...?

—Perdone un momento —dijo Julia, y bajó rápidamente las escaleras hasta la calzada.

No quería echar a correr mientras el agente de ventas, pudiera verla, y se contuvo hasta haber doblado la esquina del parque y contar con la protección del muro. El parecido de la niña con Kate era notable. Naturalmente no podía ser Kate. Kate había muerto. Pero a veces la gente distingue amigos entre la muchedumbre o los ve pasando en un autobús, cuando en realidad tales amigos se encuentran a miles de kilómetros de distancia... ¿No querrá esto decir que dichas amistades se encuentran en peligro o a punto de morir? Julia llegó corriendo con pasos torpes al área de juegos infantiles y, ya jadeante, empezó a andar. Había niños por todas partes, en los areneros, correteando por la yerba desigual, subiéndose a los árboles que podía ver desde la ventana de su dormitorio. Julia comprendió que, en aquellos momentos, era posible que la niña rubia se hubiera adentrado mucho en el parque, ya fuera por la larga franja de césped hacia la derecha o por uno de los senderos de más adelante, o bien en dirección a la Orangery. Tal vez ni siquiera hubiera tomado el camino hacia la zona de juegos, sino que podría haber seguido corriendo en línea recta por la larga senda de Holland House. ¿Seguro que aquél era el camino a Holland House? ¿Más allá de los pa-

vos reales? Julia no conocía tan bien el parque como para seguir en pos de su fantasma, que por lo demás sólo era una chiquilla corriente, que iba a reunirse con sus amigos en Holland Park. Julia, que sin darse cuenta seguía caminando por el sendero, pasados los areneros, se detuvo. Ir tras la niña había sido algo irracional, quizá histérico: típico de ella. «La verdad es que estoy perdiendo el control», pensó, y dijo: «Maldita sea» en voz tan alta que un grueso hombre con un hirsuto mostacho rojizo se la quedó mirando.

Avergonzada, se dio la vuelta y miró por encima de los negros muros de los jardines hacia las ventanas superiores de su nueva casa. La casa era monstruosamente cara; no podía permitir que Magnus se enterara de que la había comprado, de que había firmado todos y cada uno de los papeles que le habían puesto delante. Por un momento, la imagen de Magnus —la idea de Magnus, enorme y enfurecido—, apartó cualquier otro pensamiento de su mente y le hizo sentir un instante de terror. Tal vez el comportamiento de ella había sido incomprensible, incluso desequilibrado —sería lo primero que él le diría—, pero con Magnus no era posible entrar en razón. Las largas y moderadas líneas de la casa, cuya belleza había apreciado desde el primer momento en que las vio, serenaron su ánimo.

Con la mano en el pecho, Julia regresó por el sendero hasta la esquina de Ilchester Place. No se acordó del empleado de Markham y Reeves hasta que le vio apoyado contra la puerta principal, con expresión entre confundida y aburrida. Él le había contestado en seguida cuando, llamando desde su oficina al banco de ella, se había enterado de la cantidad de dinero que tenía en la cuenta corriente.

Suponía que el hombre diría algo, pero éste ya había renunciado a las fórmulas corteses. Se limitó a enderezar los hombros y tenderle la llave, sujetándola por la vistosa cinta amarilla. Su aspecto ahora era más de fastidio que de aburrimiento. De todas formas, ¿qué podía decir Julia? No po-

día explicar su repentina acción diciéndole que había querido ver otra vez a una niña que le recordaba a su hija muerta, puesto que él no sabía nada acerca de Kate y de Julia. Salió del paso lo mejor que pudo.

—Lo siento mucho —dijo ella, mirándole la grisácea cara, de rasgos más bien apretados—. Quería comprobar algo en la parte posterior de la casa antes de que usted se marchara.

Él la miró de una manera rara; para examinar la parte trasera, lo lógico hubiera sido ir por el interior de la casa en lugar de dar la vuelta por fuera.

—No hay muchos niños por esta calle, mistress Lofting —dijo el hombre—. Claro que van a jugar al parque pero, como ya le he dicho, comprobará que Ilchester Place es un barrio tranquilo.

¿Esto también era sarcasmo? El hombre había visto a la niña, y se esforzaba por ser cortés. No se había dejado engañar por la débil excusa de Julia.

—Gracias —dijo ella, al tiempo que cogía la llave y se la metía en uno de los bolsillos del vestido—. Ha tenido usted mucha paciencia conmigo.

—Nada de eso. —El empleado miró su reloj, luego, por un momento, su coche y después el Rover, sobre cuyo asiento trasero se amontonaban unas maletas junto con algunas plantas en sus tiestos, dos reducidas pilas de libros atadas con cordel y una caja con muñecas de trapo que Julia tenía desde su infancia. Aquéllas eran las únicas cosas que había traído consigo además de la ropa, y todas eran de la habitación que había ocupado al salir del hospital. Los libros eran una concesión, pero le pertenecían a ella, no a Magnus.

—No, por favor, no es necesario —dijo Julia rápidamente—. Jamás se me pasaría por la cabeza pedirle eso, después de... todo.

—En ese caso... —replicó él, visiblemente aliviado, y empezó a bajar los escalones—, tengo que resolver algu-

nos asuntos en la oficina, así que si me disculpa usted la dejo con su nueva casa —alzó la mirada hacia la alta y acogedora fachada de ladrillo—. Es una bonita casa. Será usted feliz aquí y, por descontado, ya tiene usted nuestro número de teléfono por si acaso se presenta algún problema. ¿Acierto en suponer que no conoce muy bien Kensington?

Ella asintió.

—Entonces podrá disfrutar de los placeres de la investigación. ¿Dónde vivía antes? ¿Antes de hoy? En Hampstead, ¿verdad?

—Sí.

—Le gustará esta parte de Kensington.

Se dio la vuelta para dirigirse a su coche. Cuando ya había abierto la puerta, se volvió de nuevo y le gritó desde el otro lado de la calle y del césped:

—Llámenos si se presenta algún problema, mistress Lofting. A propósito, creo que debería ir a alguna tienda de High Street para que le hagan copias de las llaves. Bien, buenos días, mistress Lofting.

—Adiós. —Agitó la mano desde la escalera de la casa mientras el hombre se iba. Cuando el coche se perdió de vista, Julia bajó hasta el Rover y desde allí miró su casa, lo que ya era su casa. Al igual que las demás casas de la corta y elegante calle Ilchester Place, ésta era de ladrillo, de estilo neogeorgiano, muy sólida. Allí se sentiría protegida de Magnus. Desde el primer momento supo que en aquella casa podría encerrarse para disfrutar de la tranquilidad y del descanso que necesitaba, lo sintió casi como si la misma casa se lo hubiera dicho. Al comprarla obedeció al mismo tipo de impulso que al seguir a la niña rubia. Allí podría vivir, sin Magnus; en su momento le telefonaría o le escribiría una nota, cuando él se hubiera hecho a la idea de su huida. Había pasado la noche anterior en un hotel de Knightsbridge, aterrada ante la sensación de que cada paso significara la llegada de Magnus, con el rostro enrojecido por la falsa amabilidad, por el esfuerzo para contener su

violencia. Magnus podía ser terrible; era ésta la otra cara de su carácter atractivo, de su gran autoridad masculina. No, dejaría estar a Magnus por un tiempo. La nota que le había dejado ya decía todo lo que se podía decir.

Ahora tenía que arreglárselas para meter en casa las maletas y el resto de sus cosas. Oprimió el botón contiguo a la manecilla de la puerta y, como no cedía, volvió a probar con más fuerza. El seguro estaba puesto. Julia se sacó una llave del bolsillo, pero era la de la casa, con su llamativa cinta amarilla. Se inclinó para mirar por la ventanilla y vio el resto de sus llaves colgando del contacto. Sin remedio. Sintió cómo se le saltaban las lágrimas. Por un momento experimentó una inmensa gratitud por el hecho de que Magnus no estuviera allí. «Me pregunto si eres capaz de hacer algo bien». O una condena breve y brutal: «Típico». Como abogado que era, Magnus disponía de un arsenal de técnicas para sugerir que los demás, en especial su mujer, eran débiles mentales.

—Gracias a Dios —exclamó al descubrir que la ventanilla del lado del pasajero estaba abierta, si bien la puerta también estaba cerrada. Por más «típico» que fuera, Julia lo tomó como un buen presagio en el primer día que iba a pasar en su nueva casa. Tal vez, al menos durante una o dos semanas, Magnus no consiguiera encontrarla.

Como si estuvieran conectados, el recuerdo de Magnus le trajo de nuevo el de la niña, y mientras abría la otra puerta, tras pasar el brazo por la ventanilla y apretar hacia abajo la manecilla interior, pensó en volver a buscarla por Holland Park. Apartó de su mente la imagen de ella y la niña sentadas juntas en un banco y hablando. Bajo ésta, subyacía otra imagen de horror y desesperación y, al percibirla, saliendo a la superficie de su conciencia como había ocurrido durante las semanas transcurridas en el hospital, Julia se esforzó por dejar su mente en blanco. Pensaría en el equipaje y las

plantas; se había roto una de las macetas, de la que faltaba un fragmento de unos quince centímetros de largo, y podía verse la tierra negra y granulosa enmarañada con blancas raicillas. Julia se dio cuenta de que había comprado la casa en Ilchester Place del mismo modo que había elegido a Magnus como marido, por impulso.

Pero había gastado su dinero en su casa; era la primera decisión totalmente libre tomada en once años, desde que se casara con Magnus. En aquella época, en 1963, tenía veinticinco años, y era una muchacha más que bonita con una impresionante cabellera roja y una cara suave, tersa y serena; «la cara de una muchacha en un *picnic* impresionista», había dicho su padre. Ahora, le parecía haber pasado por la escuela privada y el Smith College en una especie de trance, totalmente desconectada de sí misma. Aparte de las clases y unos pocos profesores, eran contadas las cosas que la habían interesado o afectado. Había perdido su virginidad en brazos de un estudiante de inglés en Columbia, un muchacho judío alto y nervioso. La había conquistado sobre todo a base de anécdotas de Lionel Trilling y la vida sexual de poetas famosos; juntos vieron gran cantidad de películas francesas.

Después hubo otros chicos, pero ninguno se acercó más a la personalidad oculta de Julia que el estudiante de Columbia; no se acostó con ninguno de ellos. Cuando se licenció en el Smith College, consiguió un trabajo en *Time-Life*, en el archivo de revistas del *Sports Illustrated*, pero lo dejó un año después cuando oyó a una joven, que consideraba amiga suya, describirla como una «jodida heredera». Abandonar el empleo supuso un alivio; sabía que no servía para aquel trabajo, y si había durado un año era porque el jefe de su sección, un hombre casado, iba tras ella. A ella también le gustaba, pero no tanto como para desnudarse en su compañía, que era precisamente lo que a él lo lleva-

ba de cabeza. Los seis meses que siguieron los pasó en casa de sus padres, leyendo novelas y viendo la televisión, cada vez más asustada por el mundo que se abría al otro lado de la puerta o del campus del Smith College. Entonces se encontró con una amiga de la facultad y se enteró de que en la editorial en que ésta trabajaba buscaban a una persona para el departamento de redacción; una semana más tarde tenía un nuevo empleo. Aquí pudo disfrutar de una actividad casi mecánica, que le era ajena, consistente en ocuparse de la publicación de libros académicos para el departamento universitario; le gustaba decir que aprendía algo en cada libro. Alquiló un apartamento en el West, a la altura de la calle Setenta. Daba la impresión de que se estaba adaptando a una vida monótona, ocupada, superficial; iba al trabajo en autobús (por principio no acostumbraba a viajar en taxi), atendía su correspondencia, trabajaba con manuscritos, comía con algún hombre, y pensaba con frecuencia que sólo era una espectadora de su propia existencia, como si en realidad la vida aún no hubiera empezado. Una mañana se despertó en su cama junto a Robert Tillinghast, y presa de pánico decidió marcharse de Nueva York para irse a Inglaterra. «Voy a moverme en sentido horizontal, ya que no puedo hacerlo en vertical», dijo a sus amigos. Robert Tillinghast la acompañó al aeropuerto y dijo que se preguntaba qué iba a ser de ella. «Yo también quisiera saberlo».

Una vez en Londres, alquiló una habitación en Drury Lane, y unos meses después, cuando encontró trabajo en una editorial de libros de arte, se mudó a un estudio de dos habitaciones en Camden Town. «Vives en una perrera», bromó su padre cuando hizo un viaje para figonear en su nueva vida. «¿Dónde diablos están los anuncios del periódico?». Le encontró un piso con entrada particular, grandes ventanas y dos dormitorios («Necesitas una habitación para trabajar») en Hampstead, cuyo alquiler era tres veces superior al de Camden Town. Tras algunos meses de vivir allí,

una noche conoció a Magnus Lofting en una fiesta dada por un matrimonio que trabajaba en la misma editorial.

Eran Hugh y Sonia Mitchell-Mitchie, de la misma edad que Julia, Hugh, que vestía téjanos y camisetas y llevaba un aro de oro en una oreja, era el jefe del departamento de arte. Sonia, al igual que Julia, trabajaba en redacción. Ambos eran brillantes y triviales. Julia, que simpatizaba con ellos aunque la perturbaban un poco (parecían dedicar una desusada cantidad de tiempo en discutir sus problemas sentimentales), descubrió entonces que para ellos una fiesta consistía en pasarse dos horas bebiendo sin parar y el resto de la velada jugando a juegos de salón.

Cuando los demás empezaron a jugar, Julia se eclipsó en el fondo de la sala, con la esperanza de pasar inadvertida; cualquier tipo de juego la hacía sentirse insegura. Sonia empezó a burlarse de ella, y en un instante veinte personas la estaban mirando. Se sintió cruelmente expuesta.

—No seas bruta, Sonia —dijo un invitado—, ya hablaré yo con tu amiga.

Julia se volvió hacia el dueño de aquella voz autoritaria, y pudo ver a un hombre corpulento vestido con un traje a rayas y con más edad que cualquiera de los presentes. En las sienes, el pelo era ya gris.

—Siéntate a mi lado —le ordenó.

—Acabas de salvarme la vida —dijo ella.

—Basta con que te sientes —ordenó Magnus.

Ella obedeció encantada.

Diez años después, era incapaz de recordar de qué habían hablado en aquella ocasión; sólo sabía que de inmediato descubrió algo impresionante en él: era un puro macho, y cada uno de sus gestos daba a entender que podía disponer de ella con igual facilidad con la que encendía un cigarrillo. Con el instinto propio de alguien que ha crecido rodeado de personas bien acomodadas, Julia supo que era un hombre de los que triunfan en cualquier empresa que se proponen; parecía entenderla totalmente, o ser totalmente

indiferente a cualquier cosa que no comprendiera. Resultaba fascinante a la vez que escalofriante. Se pasaron el resto de la fiesta hablando y, mientras Hugh y Sonia junto con los demás invitados empezaban otro juego, uno en el que un «asesino» mataba a sus «victimas» cuando les guiñaba el ojo, Magnus le dijo tranquilamente:

—Creo que voy a irme. ¿Quieres que te acompañe en coche? ¿Cómo has venido hasta aquí?

—En autobús —confesó ella.

—Es demasiado tarde ya para ir en autobús. —Se puso en pie. Era muy corpulento para considerarlo simplemente fornido; Julia le llegaba al hombro. Cuando alzó la mano, ella retrocedió; pero él se la llevó a la nuca y se alisó el pelo—. Te acompañaré a tu casa, a menos de que vivas en algún lugar excesivamente alejado. Blackheath o Guilford caen fuera de mi ruta.

—Vivo en Hampstead.

—Loado sea Dios. Yo también.

Se encaminaron hacia el coche, un Mercedes negro, que estaba aparcado en Fulham Road; él le contó que era abogado, y que en el pasado había vivido puerta con puerta con Sonia Mitchell-Mitchie, que se había convertido en una especie de sobrina adoptada. Le hizo algunas preguntas sobre ella, pero Julia se sorprendió a sí misma hablando de forma impulsiva. Por alguna razón —razón que no comprendería hasta años después—, llegó incluso a mencionar a Robert Tillinghast al explicar por qué se había ido de Nueva York.

Hasta que supo que iba a abandonar a Magnus no reconoció que se había casado con él, enamorada de él, en gran medida porque le recordaba a su propio padre. Uno y otro practicaban el adulterio con prodigalidad y desenfado. Julia comprobó muy pronto que Magnus se iba con otras mujeres y que las trataba con un brutal desenfado. En el trayecto de regreso a Hampstead, él le había dicho que quería tomar una copa y la llevó a un club detrás de She-

pherd's Market, donde primero puso el nombre de ella en un registro de entrada y luego la condujo a una sala oscura, medio llena, en la que la elegancia aún lograba enmascarar de alguna forma el ambiente sórdido. Las camareras iban vestidas con trajes largos color pastel, que resaltaban sus pechos enormes y separados. Un tercio de los hombres estaban borrachos; además de Julia y las camareras, sólo hablan dos mujeres en todo el club. Apenas Julia entró, uno de los borrachos la rodeó con un brazo. Magnus le apartó de un empujón sin mirarle siquiera. Luego pidió las bebidas y empezó a mirar agresivamente en todas direcciones, como si buscara a otro tipo para tumbarlo. Julia se fijó en que las otras dos mujeres le estaban mirando. Se sintió agradablemente excitada y estimulada, bebiendo su copa a sorbos.

—¿Juegas? —le preguntó Magnus.

Ella negó con la cabeza.

—¿Te molesta que yo lo haga?

—No —respondió ella—; de repente me siento muy despierta.

Julia cruzó tras él una puerta que había al fondo de la sala y le siguió hasta un mostrador con rejillas donde Magnus sacó dinero de su cartera y compró fichas. Le vio depositar cinco billetes de cincuenta libras sobre el mostrador y, tras vacilar un segundo, un sexto billete. Pareció que le daban una cantidad de fichas sorprendentemente exigua por todo aquel dinero.

Juntos, bordearon varias mesas de juego y llegaron a la ruleta. Magnus puso cuatro fichas en el rojo. Conteniendo la respiración, Julia contempló cómo la bola giraba dentro de la rueda dentada. Se detuvo con estrépito en el rojo, Magnus dejó las fichas donde estaban, y la bola volvió a caer en el rojo. Entonces, apostó al negro todo lo que había ganado, y volvió a ganar. ¿Cuánto dinero representaban todas aquellas fichas? ¿Quinientas libras? ¿Más? Al ver a Magnus mirando ceñudo su montón de fichas, Julia se sin-

tió alborozada y algo desorientada, y comprendió cómo él debía de haber detestado la fiesta. La vez siguiente, cuando la ruleta volvió a girar, perdió algunas fichas, pero su rostro no cambió de expresión.

—Tu turno, Charmaine —le ordenó él, y le puso delante unas cuantas fichas. Con desesperación, Julia se dio cuenta de que allí había dinero por valor de doscientas libras como mínimo.

—No puedo —dijo ella—. Perdería tu dinero.

—No seas cobarde —replicó él—. Apuesta donde tú quieras.

Julia apostó las fichas al rojo, puesto que era el color con el que Magnus había ganado primero. En esta ocasión la bola cayó en el negro. Compungida, alzó la mirada hacia él.

—No importa —dijo él—, apuesta otra vez a lo mismo —y volvió a poner un montón de fichas ante ella.

Julia hizo lo que él le había dicho y perdió de nuevo. Entonces se apartó de la mesa.

Magnus siguió jugando, aparentemente indiferente a ella. Julia permaneció de pie a su lado, mirando cómo las fichas se iban acumulando ante él. Parecía que el hecho de ganar no afectara en absoluto a Magnus; se limitaba a seguir de pie, impasible, mirando ceñudo la mesa, moviendo fichas adelante y atrás. En varias ocasiones, se le acercaron hombres para hablarle, pero él les contestó con breves y bruscas frases y les dio la espalda.

Media hora después, una mujer delgada y morena que Julia recordaba haber visto en el salón se aproximó a Magnus y le besó.

—Cariño —dijo ella—, hace siglos que no vienes por aquí, vas a perder a todos tus viejos amigos. —Al pronunciar las dos últimas palabras, miró burlonamente a Julia. Esta se sintió desnuda una vez más.

Magnus susurró unas palabras a la morena y luego volvió a girarse hacia la mesa. Cuando cobró el importe de las